

NOTICIARIO
BIBLIOGRAFICO

"MANUAL DE HERÁLDICA ESPAÑOLA", por MARTÍN DE RIQUER. — 196 pág. — Editorial "Apolo". — Barcelona.

Indudablemente, este libro viene a llenar un hueco en el conjunto de manuales de ciencias auxiliares de la Historia. Existen manuales aceptables, y que llenan el fin de la enseñanza universitaria, de Paleografía, Numismática, Arqueología, Prehistoria, etc.; pero se echaba de menos un tratado de heráldica que se ajustase a las necesidades, ni demasiado detallistas y prolijas, ni excesivamente elementales, que exige el estudio de esta materia para el investigador histórico y aun para el especialista. Hasta ahora los tratados de Heráldica que conocíamos, aparte de su valor como obras acabadas y extensas, tenían la desventaja de ser poco accesibles a los no iniciados por su complejidad, poco manejables por su extensión constando de varios tomos, y, además, de difícil adquisición por estar agotadas las ediciones.

En el presente Manual, en el que, como dice el autor en el Prólogo, "el máximo esfuerzo ha sido puesto en resumir materiales y en evitar dificultades", se explican con diaphanidad la técnica y terminología del escudo y de los blasones, sin resultar nunca la lectura farragosa o falta de interés, ni mucho menos superficial, ya que la calidad y madurez de la obra va garantizada con la nutrida bibliografía utilizada por el autor, que va desde Mosén Diego de Valera ("Espejo de verdadera nobleza") (1441), hasta A. de Armengol y de Pereyra ("Heráldica"), 1933, y aun hasta obras extranjeras recientes como el "Dizionario Araldico", de Piero Guelfi, 1940.

Para dar una idea exacta del contenido y distribución de materias, damos a continuación el índice del libro:

Prólogo

Forma, proposiciones y terminología del Escudo.—Los esmaltes.—Particiones del Escudo.—Las piezas honorables del Escudo.—Piezas honorables dismíñadas.—Variedades principales de las piezas honorables del Escudo.—Las piezas honorables de segundo orden o seantes particiones.—Figuras naturales, quiméricas y artificiales. — Timbres del Escudo. — Lambreques, tenantes y soportes.—Otros ornamentos exteriores del Escudo.—Leyes heráldicas.—Posición y situación de las piezas y figuras en el Escudo.—Método de blasonar los Escudos.—Clases de armerías.—Heráldica eclesiástica.

Índice de linajes

El índice de linajes españoles contiene la reproducción y explicación de más de cuatrocientos (400) escudos, y el diccionario de términos heráldicos abarca, por orden alfabético también, cerca de un millar de vocablos usados en el libro y cuyo significado es propio y corriente en heráldica. Advierte el autor que, entre este millar de términos —aetecientos más de los que consigna el Diccionario de la Lengua—, no será raro encontrar barbarismos, dado que se han añadido voces de la terminología heráldica usada por heraldistas españoles antiguos y modernos; ello nos da la clave para consultar las obras de estos autores.

Con el bagaje científico adquirido en el fácil estudio de este libro pueden afrontarse sin riesgo casi todos los casos que se presenten al profesional de trabajos o estudios históricos, al universitario, o simplemente al curioso "dilettante" que tiene afición por estas materias.

Es un acierto más que la Editorial "Apolo" viene a añadir a la utilísima colección titulada "Manuales de Iniciación".

Santiago GINER.

JOAQUÍN ESPÍN.—"ARTISTAS Y ARTIFICES LEVANTINOS".—Lorca, S. A.

Ha llegado a nuestras manos un ejemplar de la corta tirada de este erudito catálogo de maestros y creadores selectos de arte levantino, y no podemos menos de dedicar un cumplido elogio a su autor, que tan cuidadosa y esforzadamente ha sabido reunir en él, tamizadas con excelente crítica y en abundante acervo, valiosas noticias biográficas de cuantos trabajaron en el enriquecimiento del caudal artístico de la ciudad de Lorca a lo largo de los pasados siglos. La labor del Sr. Espín, sagaz y paciente manejando los archivos locales que tanta luz dan a la historia regional, queda condensada en este volumen de 445 páginas repletas de datos originales, por lo que se advierte que no se trata de aquel estilo de compilaciones, comentarios o transcripciones que nada nuevo añaden a cuanto había sido ya publicado. Por el contrario, este trabajo es evidentemente fruto inédito de una seria tarea de investigación que pone de relieve los méritos del autor y nos da a conocer multitud de artistas olvidados que realizaron labor estimable en las regiones levantinas.

Entre ellos, por cierto, se reseña la intervención de Pedro Ladrón de Arce, "maestro mayor de la obra de la villa de Játiva", en la reparación de la Colegiata de Lorca (siglo XVII) y se recogen datos relativos a sus actividades allí y en Játiva.

LUDWIG PFANDL: "FELIPE II. Bosquejo de una vida y de una época". Trad. del alemán por José Cortés Grau. "Cultura Española". 630 ps. Madrid, 1942. (Edición alemana: "Philipp II. Gemälde eines Lebens und einer Zeit". München, 1939)

El ilustre hispanista alemán Ludwig Pfandl viene a aumentar con esta nueva obra su ya larga serie de estudios sobre nuestra literatura cultura e historia, encauzados todos a deshacer las redes de la Leyenda Negra y de los prejuicios con que muchos extranjeros, ayudados a veces inconscientemente por los eruditos españoles, han enjuiciado nuestra hegemonía mundial.

Citaremos, entre las obras más conocidas de Pfandl, la "Historia de la Literatura Nacional Española de la Edad de Oro", magnífico estudio histórico-literario sobre nuestra época áurea; sus conclusiones sobre el barroquismo revelan la originalidad y erudición insuperables de este gran investigador, que viene a ser como el Monénz Pelayo alemán. Le siguen en méritos "Cultura y costumbres del pueblo español de los siglos XVI y XVII", que es como una introducción a la obra anterior y un estimable ensayo sobre estos dos siglos de tanta vitalidad hispánica. Con su biografía sobre "Juana la Loca. Su tiempo. Su culpa", se cierran las producciones traducidas sobre temas españoles; aguardan aún la mano de un traductor hábil varias decenas de monografías y estudios sobre figuras y períodos interesantes de nuestra historia y literatura.

Quizá esta pequeña introducción lleve al lector a una falsa interpretación de la figura de Pfandl; su principal objetivo es la verdad histórica, por lo cual no rehuye los juicios adversos cuando cree que los personajes históricos que analiza los merecen. De aquí que, después de analizar en el Prólogo las acusaciones que los forjadores de la Leyenda Negra lanzaron contra Felipe II, nos diga: "Al disiparse todas esas nieblas, no saldrá entre ellas ni un ángel, ni un genio, ni un héroe; pero sí un hombre: un hombre cabal, cuya vida fué digna de vivirse y dignamente vivida en una época difícil y grandiosa" (p. 12). A pesar de todos sus defectos, considera el autor a Felipe II como el rey más grande de la Historia de España, desde San Fernando.

Aunque en la edición española se han suprimido muchas notas críticas y citas bibliográficas, vemos que recoge las conclusiones de muchas obras generales y monografías recientes, como las de Brandi, Weise, Marcks, Rassow, Schneider, Bertrand, Serrano, Rubio, etc., aparte de las ya clásicas fuentes generales. No cita la obra,

también reciente, de Thomas Walhs (1), seguramente por estar ya redactado el libro cuando aquélla se publicó.

Comienza analizando la política matrimonial de los Reyes Católicos y de Carlos V, encaminada al cerco de Francia y al acercamiento entre España y Borgoña. En esta primera parte aparece la figura de Carlos V proyectando su gigantesca personalidad y su influencia sobre ese infante que el 21 de mayo de 1527 nace en Valladolid entre los regocijos y fiestas de toda la ciudad. No se suspenden los festejos ante la noticia del "sacco" de Roma, como se repite insistentemente en los manuales de Historia: sólo se suspenden parte de los festejos, como la representación teatral del "Amadís"; ya lo demostró en 1928 José M. March (2).

La juventud y educación del joven Felipe transcurren en la Corte, siendo falso el retrato que de Felipe II han querido trazarnos sus enemigos, presentándolo ya desde su niñez de un carácter hurafío y misántropo; Pfandl nos cita varias anécdotas que prueban la vivacidad y travesura del joven infante.

Su educación y formación es obra de tres personalidades: su madre, la Emperatriz Isabel (que muere cuando Felipe tiene doce años); su padre Carlos V, que le educa políticamente, y el frío preceptor Juan Martínez Guijéño, que se encarga de su formación cultural. La educación política corre a cargo del Emperador, y son tan interesantes sus consejos que el autor dedica todo un capítulo a analizarlos. Sabe Carlos V tratar a las gentes de Palacio y a los reyes extranjeros, y en estos consejos, y en las instrucciones que le mandará después, despliega ante los asombrados ojos de Felipe II todo el cuadro y realidad de la vida de entonces, desde la intriga política hasta los consejos sobre su vida sexual. Felipe II sabrá hacer uso de las lecciones del padre, sobre todo de aquel arrepentimiento tardío sobre su tolerancia hacia los protestantes.

Esta influencia del padre hace que Felipe obedezca sus órdenes y deseos sin discusión; así le vemos emprender ese viaje de presentación a los Países Bajos y Alemania, donde trata de agradar a los que serán sus súbditos del mañana, aun a costa de contradecir su conciencia y su concepto español de la vida. El pleito en torno a la sucesión imperial, relacionado con este viaje, le sirve a Pfandl para presentarnos el animado cuadro de la vida flamenca y alemana

(1) "Philip II". Un volumen de 770 ps. Londres. 1938. Es de notar que en esta obra se hace una crítica acerba de Carlos V, mientras en la de Pfandl puede decirse que en su mitad es una apología del Emperador.

(2) "Nacimiento y bautizo de Felipe II, según una relación manuscrita desconocida". "Razón y Fe", tomo 83, 1928.

del siglo XVI; aquellos forcejeos sobre Fernando y el futuro Maximiliano II agravan las disensiones familiares de los Habsburgos, mientras exteriormente brilla con toda su fastuosidad el protocolo borgoñón en Bruselas y Augsburg, y entre torneos, fiestas cívicas y religiosas, ceremonias, reuniones de Cortes, juramentos, transcurren estos años en que Felipe se halla fuera de su Patria.

La traición de Mauricio de Sajonia, el duro batallar de más de cincuenta años de vida, y el convencimiento de que ha fracasado su política religiosa en Alemania, llevan el desaliento al ya viejo y achacoso Emperador. Sólo se anima ante la coyuntura histórica de la unión de Inglaterra y España, de los Habsburgo y los Tudor. Es la última empresa a la que Carlos V se entrega con ardor. El matrimonio de Felipe con María Tudor es "el punto solsticial de la historia de Europa" (p. 268): de haber nacido un hijo habrían cambiado totalmente los destinos del mundo; es más, quizá no se hablaría hoy del "fracaso español en Europa". Pero la aventura española en Inglaterra fracasó por la hidroresía y vejez prematura de María Tudor. Una última esperanza la malogrará Felipe despreciando la mano de Isabel de Inglaterra y casándose con Isabel de Valois. Con este matrimonio que roboraba la paz de Cateau-Cambresis se acaba la política del "encerclement" de Carlos V, y comienza esa serie de uniones matrimoniales que traerán a los Borbones a España y, con ellos, el afrancesamiento y la decadencia. Fue muy importante este año de 1559 en que se firma la Paz de Cateau-Cambresis. En verdad, se vence al Papa (Paulo IV), a los turcos y a la Casa de Valois, que en morganática alianza luchan contra España. Felipe no había querido la guerra, como ha demostrado recientemente Rodríguez Pomar (3); había vencido militarmente en Italia y en Francia, hubiera podido tomar París y derrocar a los Valois de haber tenido más energía y ambición; pero prefiere la paz y el casamiento con Isabel de Valois, con lo que se mete al enemigo en casa y se crea uno nuevo con el que fracasará al final de su vida.

El punto de vista más interesante que ofrece el libro que comentamos es el de la nueva postura de Felipe II una vez vuelve definitivamente a España y muere su padre el Emperador. Pfandl insiste en que desde entonces Felipe se siente más rey español que europeo, más defensor de la Monarquía Española que de la Monarquía Universal; muere con Carlos V en 1558 una Idea Imperial que había ido forjándose desde la creación del Imperio Germánico en la

Edad Media, pero cuya paternidad es española (según ha demostrado Menéndez Pidal): es la idea de la unidad espiritual y política de todos los hombres, tan bien expuesta por Wyndham Lewis (4). Pfandl pretende demostrarnos que Felipe II da un viraje a la política de su padre, sobre todo después de sus fracasos en Flandes, Alemania e Inglaterra; sus treinta y dos años, su madurez y la responsabilidad de su gobierno le hacen cambiar bruscamente y entregarse "a aquella actitud espiritual, grave y seria, de aislamiento cerrado, de sencillez y austeridad monacales" (p. 349).

Pfandl hace revivir la historia como una cinta cinematográfica, al mismo tiempo que tiene presente el concepto clásico de considerarla como "magistra vitæ". Sus descripciones históricas son bellísimas: sirvan de ejemplo las del recibimiento y entrega de su primera esposa Doña María de Portugal, la del casamiento en Salamanca, la del nacimiento del desgraciado Príncipe Don Carlos, el protocolo borgoñón, la vida de aquella deliciosa "bandada de Innsbruck" formada por la familia de Maximiliano, y sobre todo la de aquella escena en el Convento dominico de Cantalapiedra donde, después de una discusión apasionante sobre los clásicos, acaba el debate a altas horas de la noche con la paráfrasis de una oda de Horacio, recitando la oda a coro toda la comunidad y marcando el ritmo a golpes de sandalia...

Otros puntos interesantes del libro son: la tragedia de Don Carlos, la construcción del Escorial, la cruzada contra el turco, la incorporación de Portugal, las luchas en los Países Bajos, la lucha contra Inglaterra, la intervención en Francia, el asunto Antonio Pérez, etc., etc., acabando con una magistral descripción de la enfermedad y muerte del rey, en aquel 13 de septiembre de 1508, en el que propiamente, a mi parecer, hay que colocar el primer "98" de España.

Debemos hablar aún de la última parte del libro, que lleva por título: "El hombre y la personalidad", y si hemos de ser sinceros diremos que el capítulo dedicado a la "Psicología de Felipe II" es el que menos nos convence; trata de hacer un análisis psicográfico sobre los móviles y la conducta del rey; se adentra en un Totemismo Tabú y en el estudio de lo que él llama "mentalidad arcaica", siendo así que no hace falta remontarnos a la capa más primitiva de la humanidad para explicarnos a Felipe II. Tal vez ese estudio pudiera aplicarse con más propiedad a cualquier personaje actual que a un hombre del siglo XVI español.

También es discutible el admitir como "muy verosímil" el envenenamiento de Felipe el Hermoso por Fernando el Católico (p. 27), el afir-

(3) "El partido Imperial en la elección de Paulo IV y los comienzos de la política religiosa de Felipe II". "Razón y Fe", 11, 1926.

"En torno a la contienda entre Paulo IV y Felipe II". Id. T. 92, 104 y 108, 1930-1934.

"Preparando y justificando una guerra memorable. Paulo IV y Felipe II". Id. T. 119, 1940.

(4) "Carlos de Europa, Emperador de Occidente".

mar rotundamente que el "sacco" de Roma no sobrevino contra la voluntad de Carlos V (página 45); y sus juicios demasiado severos contra los planes pedagógicos de Juan Martínez Silíceo. Pero estos pequeños descuidos nada representan ante la vida, animación, profundidad y cariño de esta biografía de Felipe II, que hasta el presente es la obra más moderna y completa que se ha escrito sobre la vida y la época del Rey Prudente.

M. G. C.

"AUCOLOGÍA VALENCIANA".—Estudio Folklórico, por Rafael Gayano Lluch.—Biblioteca Valenciana de Divulgación Histórica.—Valencia, 1942.

Con este título ha publicado el Sr. Gayano Lluch un documentado trabajo, premiado en las recientes Fiestas del Libro de Valencia y Madrid, en el que nos expone una completa evolución histórica del Auca, etimología, orígenes, variantes que presenta, autores, etc.

La obra, que está avalorada con numerosas figuras y una colección final de 78 auca en reproducción, que abarca desde el siglo XVI hasta nuestros días, presenta una manifestación folklórica de positivo interés para el historiador, por cuanto significa conocimiento de costumbres y hechos determinados que aportan elementos de juicio exponentes del ambiente de una época.

El prólogo, de D. Salvador Carreres, Cronista de la Ciudad, contiene palabras de encomio para la labor del Sr. Gayano Lluch y de interés por el valor de los estudios folklóricos.—V. V. C.

TOMÁS BIURRUN SOTIL.—"EL ARTE ROMÁNICO EN NAVARRA".—Su aspecto monumental y educativo.—Editorial "Aramburu" (Pamplona).—720 páginas en cuarto mayor.—20 pesetas.

Hace ya algún tiempo que, por suerte nuestra, se despertaron en España las ansias —siempre ausentes— por las investigaciones y estudios críticos de arte, y más concretamente por los estudios de arquitectura religiosa española, tradicionalmente realizados por extranjeros. Va sonando la hora del despertar y de las reivindicaciones que en materia de arte se deben a España. Buena prueba de ello son los interesantes y reveladores estudios de Gómez Moreno, Lampérez, Puig Cadafalch, por no citar más que los principales entre los muchos destacables. Ahora cae en nuestras manos este libro reciente, debido a la docta pluma de un profesor del Seminario de Pamplona.

Verdaderamente, no nos ha de costar trabajo reconocer que entre los muchos temas que nos brinda el arte —palpitantes para el especialista, siempre interesantes para el profano—, el conerniente a los orígenes y evolución del románico es de una sugestión especial.

Es el estilo arquitectónico románico una feliz conjunción de diversos elementos y estilos arquitecturales que, tras pasado el año 1000 y ya en los umbrales de lo que se llama Baja Edad Media, alumbraba con esplendorosa aurora, con delicioso pórtico, una nueva y magnífica edad de la arquitectura.

Por una parte, las aportaciones de elementos artísticos septentrionales y bárbaros con intensidad creciente —siguiendo el ritmo de las invasiones y su dispersión—, unido a la también creciente influencia de elementos sirios y bizantinos transmitidos a través de peregrinos y cruzados, fueron ahogando poco a poco la tradición clásica grecorromana. En este proceso de eliminación progresiva de los elementos arquitectónicos clásicos bajo la doble acción septentrional y oriental, la arquitectura románica marca la primera fase, y la segunda fase es la gótica, en que ya los elementos clásicos son casi imperceptibles.

Los orígenes y aparición de este fenómeno artístico van ligados, como en otros casos análogos, a determinantes de orden cultural, social y religiosa, a grandes corrientes ideológicas, a cambios profundos en la psicología de los pueblos. Y esto ocurre al iniciarse el siglo XI. Los temores al fin del mundo en el año 1000 se han desvanecido, ha renacido la tranquilidad en los espíritus y los hombres han recomenzado su vida, arrastrada lánguidamente en los últimos años del siglo X, ante el insuperable terror del fin de los tiempos, que se esperaba.

Bien es verdad que no fué ese temor a la llegada del año 1000 tan general como se ha creído, ni tuviese tanta trascendencia que se paralizasen en alto grado las actividades humanas; es más: en algunos puntos, como España, lo que marca el resurgir en la arquitectura, más que el alivio de sobrepasar el año 1000 —cuya inquietud fué aquí casi desconocida—, fué el descanso y supremacía que a las armas cristianas proporcionó la muerte del terrible Almanzor.

Hasta el siglo XI, hecha excepción de la efímera unidad y renacimiento logrado por Carlomagno, la civilización había retrocedido, sobre todo en los dos siglos IX y X, que siguieron a la muerte del Emperador de la barba florida; pero llegado el siglo XI se deja sentir un vivo movimiento de actividad que trasluce claramente el cronista de aquel tiempo Raúl Glaber: "Se diría que el mundo, sacudiendo sus viejos harapos, quería revestirse en todas partes con el blanco vestido de las iglesias..."; "todos los edificios religiosos, catedrales, capillas de los san-

tos e iglesias de los pueblos se convierten en algo mejor"; este algo mejor se refiere, seguramente, al empleo de la construcción abovedada, al nacimiento del románico en las iglesias. Los monjes cluniacenses fueron los portadores de las nuevas ideas y estilos, cuya semilla esparcieron por Europa.

La iglesia románica deriva directamente de la basilica románica del siglo IV, en la cual se ha sustituido la cubierta de viguería, expuesta al incendio, por una bóveda y, además, se ha resuelto el segundo problema, o sea dar luces directas a la nave central.

Considera el autor del libro el románico "como arte totalmente nuevo, puesto que, prescindiendo de casi todos los elementos constitutivos empleados en los estilos anteriores, hizo surgir un método de fisonomía, de caracteres y de elementos integrantes casi por completo reconocidos". Desarrollando esta idea, afirma que el tránsito del arte tradicional español del siglo X al del XII no es una evolución, sino una verdadera revolución, ya que, lejos de encontrar una adaptación paulatina e insensible de nuevas formas y elementos arquitectónicos, sin una línea de separación entre las diferentes fases, lo que encontramos es un estilo completamente distinto, aparecido repentinamente y con una divisoria definida que lo separa del prerrománico anterior al siglo XI (visigótico, asturiense y mozárabe). Claro que esto no debe tomarse en sentido absoluto, pues siempre todo arte contiene virtualmente a los anteriores.

Discrepa el Sr. Biurrun de la clasificación adoptada por Lampérez en la parte que se refiere a Navarra, estimando que ninguna de las escuelas por él enumeradas influyen directamente en la arquitectura religiosa navarra, y además, reduce la cronología, fijando el período de madurez y exuberancia del románico en Navarra en la segunda mitad del siglo XII.

Entre el románico de los cluniacenses y el de los cistercienses coloca modalidades intermedias tales como la Sanjuanista, Agustiniense y Templaria, todas ellas de caracteres bien definidos y acusados. Y con este criterio de sistematización, después de estudiar detenidamente las influencias que Cluniacenses, Hospitalarios, Agustinos, Templarios y Cistercienses aportaron a la arquitectura románica, pasa a estudiar uno por uno todos los monumentos del románico en Navarra, incluyendo en el estilo de los Sanjuanistas (Hospitalarios) las iglesias de San güesa, Leache, Aibar, Izaga y Ochagavía, etc.; entre los cluniacenses, los monumentos (iglesias, catedrales o monasterios) de Estella, Pamplona, Tudela, Olite, Roncesvalles; del cisterciense, existen Fitero, Ilzarbe, Eunate, Olcoz, Fuente la Reina, etc. Para dar una idea de la extensión con que trata algunos temas, baste decir que para el solo estudio de Tudela (catedral, parroquia de Santa Magdalena e iglesia de San Nicolás) emplea 110 páginas.

En todas ellas se distinguen, como notas generales y a la vez distintivas de las de otras regiones, la esplendidez ornamental en la fachada y, sobre todo, en las portadas, que presentan con gran profusión relieves historiados en las archivoltas y en el tímpano; en otras, en que falta el tímpano, aparece el arco finamente calrelado, mostrando claramente la influencia de la escuela francesa de Poitou, que es la que de una manera más decisiva y permanente sirve de modelo. También es característica la existencia de estatuas-columnas; es decir, estatuas en relieve adheridas a las columnillas laterales de la puerta.

Hasta ahora tradicionalmente se ha venido creyendo, siguiendo la opinión sostenida por los tratadistas franceses, que el románico se origina en Francia, donde existen los más bellos ejemplares, y que desde allí se introdujo en España. Pero, contra esta teoría, el autor del libro se muestra decidido partidario de la prioridad del románico español sobre el francés, del origen español de este estilo arquitectónico y de su posterior introducción en Francia, donde se desarrolló y maduró. Ya el francés Marcelo Dieulafoy —contra toda la opinión oficial de la ciencia francesa— afirmó ser España la cuna del románico y contener los elementos primordiales y básicos. Según él, los elementos artísticos originarios y más remotos del románico, contenidos en la arquitectura de Persia y Siria, pasaron a España con la invasión árabe, aquí se fundieron con los elementos visigóticos, dando lugar a la arquitectura asturiana; estas manifestaciones prerrománicas, confinadas casi a Cataluña, pasaron desde allí a Languedoc, Borgoña, y atravesaron el Rin, para después, deshaciendo lo andado, descendiendo hacia el S., penetrar nuevamente en España por Navarra, cuando ya en el transcurso de este ciclo o recorrido había adquirido pleno desarrollo y mayoría de edad el estilo románico.

Desde Navarra se expande por la Península, con vitalidad propia, dando lugar en ocasiones a curiosas variedades únicas en su género, como el "románico de ladrillo" de Sahagún, típicamente español.

Esta opinión del origen español del románico está avalada por una serie de descubrimientos, entre los que merecen citarse el estudio hecho por Gómez Moreno en la iglesia de San Pedro de Nave en Zamora, donde existen elementos suficientes que pudieran servir para dar una posible orientación a los artífices posteriores, entre ellos a los franceses. Otro ejemplo lo tenemos en el claustro de Santo Domingo de Silos, construido antes de 1057, bastante antes de levantarse el de Becelay, que los franceses consideran como el prototipo y obra maestra en su género.

Pero es la insigne escritora Mrs. Stapley Byne la que en un libro, en que estudia 260

modelos de capiteles del siglo VI al XVI, da otro toque de atención reivindicando para España el lugar que le corresponde en la génesis del románico. El competente profesor de la Universidad de Harvard, Kingsley Porter, que prologa la obra de Mrs. Stapley, abunda en la misma opinión. Nosotros con satisfacción y, además, con absoluta imparcialidad, podemos afirmar, aun a trueque y riesgo de irritar a los franceses —que quizá por un patriotismo mal entendido no se resignan a creer que pueda haber en el románico nada más importante e interesante que los monumentos franceses—, que nuestro prerrománico aparece con anterioridad y que él da la pauta para el desenvolvimiento de lo que había de ser el románico posterior.

Otros muchos puntos interesantes podríamos destacar en la obra del Sr. Biurrun si no tuviéramos en cuenta las exigencias de brevedad de un trabajo como éste, que sólo tiene el carácter de reseña o noticia. Baste decir que muy bien se puede calificar el libro de tratado magistral y acabado dentro del género monográfico. Magníficamente editada, con profusión de fotografías y grabados, en sus 720 páginas pasa revista a todos los monumentos románicos de Navarra, haciendo de ellos un estudio detenido y denso, al par que ameno y atrayente, y no dudamos que hará las delicias de todos los aficionados y amantes del arte.

Santiago GINER.

"ESPAÑA EN LOS MARES".—Ediciones de la Vicesecretaría de Educación Popular, 1942. 120 págs. en 8."

Libro de "incitación" al estudio de la acción marinera española. En rápida, pero profunda y concienzuda hojeada, vemos a través de sus hojas toda la historia de España en el mar. En rápida visión pasan todos los pueblos de tradición marinera, sus conocimientos, sus problemas, sus fantasías... para llegar a exponer el valor y esfuerzo que significan la epopeya española de 1942 y viajes posteriores de nautas famosos españoles, cuando no de nacimiento, de espíritu.

Es un libro de sugerencias continuas y de amplio poder evocador, redactado en forma sencilla, y breve para la amplitud del asunto, brevedad que despierta el ansia de conocer, de investigar sobre lo que en él se esboza.

Describe el periodo imperial completo, y en él hallamos todos los navegantes que pasaron por primera vez el pabellón español por los mares Atlántico, del Sur... todo ello haciendo resaltar continuamente la alteza de miras que guiaba a España en todas sus conquistas, y el profundo espíritu religioso de ellas.

Abarca la exposición hasta la decadencia marítima española, en la que tanto influyó la piratería extranjera, poniendo de manifiesto que aun en los momentos de mayor olvido de la tradición marinera, siempre ha habido heroicos marinos que han preferido "honra sin barcos que barcos sin honra".—L. P. R.

ANDRÉ SIEGFRIED. — "SUEZ-PANAMÁ". — París, 1941. — Librairie Armand Colin. — 298 págs. 33 mapas y gráficos

Con profundo sentido de actualidad surge esta obra en el París ocupado, como clara muestra de una intensa vitalidad intelectual, que no ha desaparecido ante los horrores de una guerra desgraciada.

En sus páginas, la geografía, la política y las finanzas, la administración y los trabajos públicos, destacan sobre un fondo histórico y se las ve brotar en cada ocasión como aspectos múltiples de un mismo tema. Escándalos de Bolsa, revoluciones en la América española, resoluciones parlamentarias y tratados diplomáticos son como facies diversas de una misma cuestión, que Siegfried sabe exponer con método riguroso, con prosa amena cuajada de ideas y finas observaciones y con una concisión que atrae al estudioso y le obliga a seguir febrilmente el hilo de una narración en la que de continuo aparece el juicio certero y la frase afortunada.

André Siegfried, historiador, técnico en materias políticas y económicas, especializado en los problemas del siglo XIX, que siente y conoce profundamente, mejora en esta obra toda su producción anterior ("La Crise de l'Europe", "Tableau politique de la France de l'Ouest sous la troisième République", "La Crise Britannique au XX Siècle", "Deux mois en Amérique du Nord, a la veille de la guerre", etc., etc.), y sabe tratar con espíritu sereno problemas difíciles por su actualidad palpitante.

La obra podemos dividirla en cuatro partes: Introducción, Suez, Panamá, Conclusión.

La primera parte inicia al lector en el conocimiento del sentido e importancia de la ruta mundial en su triple aspecto de marítima, terrestre y aérea, al mismo tiempo que señala las bases esenciales de su existencia y los conflictos políticos que surgen por su dominación.

La segunda está dedicada al estudio de Suez. En ella mejora las obras clásicas en la materia del inglés Forster y del francés Paúl Morand.

La importancia del canal aparece clara desde el primer momento, y el lector no puede menos que recordar las palabras proféticas que Renán pronunciara en el discurso de recepción de Lesseps en la Academia: "Un solo Bósforo

ha bastado para complicar y entorpecer la marcha de la humanidad; hemos creado un segundo, más importante que el otro, pues sirve de pasillo de comunicación a todos los grandes mares del globo. En caso de guerra marítima será la suprema aspiración, el punto por cuya ocupación lucharán encarnizadamente los contendientes; hemos marcado el lugar de las grandes batallas del porvenir... y la historia posterior ha convertido en realidad las palabras del célebre historiador.

El marco geográfico está tratado con acierto insuperable. Egipto, el don del Nilo, el inmenso oasis en el desierto, con su río que le da vida y su curiosa estructura, aparece como un país mediterráneo por el mar que acaricia sus costas; africano, por los desiertos que le envuelven, y asiático, por su delta, donde se aprieta y rebulle una multitud heterogénea.

El marco histórico es asimismo acertado. En rápida visión aparece el Egipto de Ramsés II, de Necao, de Ptolomeo Filadelfo y Cleopatra. Herodoto, Diodoro, Plinio el Antiguo, Luciano, le visitan y tratan de adivinar su misterio... Y entre ese marco histórico y geográfico, una posición que engendra un destino: Egipto, cabalgando entre dos continentes, ha sido, y es, encrucijada de rutas intercontinentales. Por el E. llegaron hasta él los asirios, los persas, los griegos, los árabes y los turcos; por el W., los romanos, franceses, ingleses y, ¡quién sabe! si los italianos.

En 1453, la caída de Constantinopla pareció modificar ese destino: el Mediterráneo, hasta entonces ruta de tránsito, se convierte en mar cerrado, se cambia el diseño de las comunicaciones mundiales y se trastorna el equilibrio de los continentes.

Esta fecha encuentra su complemento en 1498: Vasco de Gama, salido de Belem, llega a Calicut. Una página de la historia ha quedado escrita, y desde entonces surge una lucha de cuatro siglos entre dos grupos de potencias: los beneficiarios de la ruta del Cabo (Portugal, Inglaterra y Holanda) y sus víctimas (Venecia, Génova, Marsella). El lector asiste a las febriles tentativas que para devolver al Mediterráneo su importancia de antaño se efectúan, hasta que, en 1854, aparece el genio que realizará la obra soñada: Fernando de Lesseps. Su figura, sus luchas, sus afanes, su actividad endiablada, su vitalidad extraordinaria, su energía indomable, su temperamento soñador, su optimismo sistemático que pretende crear éxito afirmándolo, su convicción en su estrella, sus virtudes y vicios, fiel reflejo de su siglo, están descritos con mano maestra que denota al experto observador y al psicólogo. Y, tras ello, la lucha despiadada, sin descanso, para triunfar de los obstáculos materiales, del escepticismo de los hombres y la mala intención de los Estados... y, al final, año 1869, las aguas de dos mares que, al unirse, convierten en realidad lo que había sido atrevido sueño.

Siegfried se olvida de una española que llegó a emperatriz: Eugenia de Guzmán, Condesa de Montijo. En ella encontró el proyecto de Lesseps la más entusiástica acogida. La fe de la Emperatriz triunfó de las dudas de Napoleón y de la oposición de los hombres de negocios, y, cuando el 17 de noviembre de 1869, el yate imperial, escoltado por los cañones de la armada, surcó las aguas del canal, la Emperatriz española debió sentir la satisfacción de haber contribuido al éxito de la empresa.

La obra era francesa por el genio que la concibió y el capital que la realizó. El mayor obstáculo que hubo que vencer fué el opuesto por Inglaterra. La hostilidad de Palmerston, violenta y cómica a la vez, se había hecho sentir pesadamente... pero, después de haber combatido el canal con todas sus fuerzas, tras haberlo aceptado como inevitable, cambia de posición y busca de adquirir el control político. Desde este punto de vista, las fechas de 1875, 1882, 1888, 1914, 1922 y 1935, son particularmente interesantes.

1875, representa la adquisición por Inglaterra de las 177.000 acciones que poseía el khedive Ismail. La operación, realizada por Disraeli, era netamente política; Francia fué la víctima propiciatoria: la Gran Bretaña había conseguido el control que deseaba.

1882, es la reacción nacional, que, personificada por Arabi-pachá, se levanta frente a la intromisión extranjera. La flota y el ejército británicos vencen en Tel-el-Kebir, y el control, no sólo político y económico, sino militar, es ya un hecho.

1888, significa el reconocimiento por las naciones, en la Convención Internacional de Constantinopla, del hecho consumado en 1882: es el triunfo de la política, maquiavélica y tortuosa, de Inglaterra.

1914, es la aparición de un formidable enemigo: Alemania, que en su "Drang nach Osten", mira hacia el Oriente y disputa por las rutas terrestres el poderío que mantiene Inglaterra en las marítimas.

1922, es el resurgir del nacionalismo de Arabi, personificado ahora por Zogloul: es la protesta contra la inundación militar inglesa, que al fin transige y concede una aparente independencia al Egipto milenarío. Fouad es el primer Rey, y Zogloul el primer ministro. La lucha no cesa, y el país permanece insatisfecho.

1935, significa la aparición de un nuevo factor: Italia. Siegfried pierde su serenidad, no puede olvidarse de que es francés, y su criterio se torna apasionado, injusto... Sus palabras, que insensiblemente, contra su voluntad, eran de admiración más sentida que confesada hacia Alemania, son ahora de desprecio profundo que turba su juicio y resta valor a sus párrafos. Italia, dueña de Etiopía, amenaza directamente

el alto valle del Nilo y la defensa de Egipto, y ante esta amenaza bastan algunas semanas de negociaciones para llegar, en agosto de 1936, a un acuerdo por el que se había luchado durante catorce años. Para Siegfried, la intervención italiana convierte en realidad lo que las armas inglesas no habían podido imponer: la transacción obligada entre egipcios e ingleses.

La parte histórica no hace olvidar al autor los demás aspectos. El técnico podrá encontrar en la obra detalles minuciosos de la construcción y funcionamiento del canal (capítulos V y VIII); el economista tendrá medios de profundizar en el estudio de estadísticas recentísimas que hablan del tránsito del canal y de intercambio de mercancías (capítulos X y XI); el geógrafo encontrará un estudio acerca de la concurrencia entre las rutas mundiales (capítulos IX y XII); y el político y el militar tendrán en el capítulo XIV medios de reflexionar sobre la posición del canal en los problemas militares del Mediterráneo.

Este capítulo, escrito en momentos álgidos de una lucha que proyecta sobre el canal un interesante amenazador, es particularmente interesante: la ruta del Cabo, el problema turco, la posición inglesa en Suez, Madagascar en la encrucijada de los caminos a la India y Australia, Dakar, donde van a reunirse las rutas marítimas procedentes del Indico y América del Sur; Siria, Cirenáica... todo se examina en un estudio que quiere ser frío y sereno; pero, pese al optimismo que se presume en el autor, nosotros no podemos menos que recordar lo que escribió Paúl Rohrbach en 1914: "Inglaterra puede ser atacada y herida mortalmente en un solo punto: Egipto. La pérdida de Egipto significaría para ella, no sólo el fin de su dominación sobre el canal y la ruta de Indias, sino que, probablemente, llevaría consigo la pérdida de sus posesiones del África central y oriental."

En la tercera parte, Siegfried estudia el canal de Panamá.

Su pluma se siente movida ahora por un honroso sentimiento patriótico; trata de explicar el fracaso francés, y reconoce que Panamá es una página triste de la historia de Francia, pero no es página vergonzosa. Con angustia que no pasa inadvertida al lector, estudia los orígenes de la Compañía francesa, la coloca en el ambiente de un siglo donde triunfa la concepción materialista de la vida en todos sus aspectos, sigue sus primeros pasos y va marcando los mojes que conducen, paso a paso, cuesta abajo, hacia la "débâcle" financiera y el escándalo, que alcanza en sus salpicaduras a las más altas personalidades de las finanzas y de la política. El estudio, atormentado, detenido, documentadísimo, consigue, si no justificar, al menos hacer simpáticas figuras que, como las de Fernando y Carlos de Lesseps, no se dejan vencer por el peso aplastador de la desgracia.

Los españoles fuimos los primeros en pensar en la posibilidad de la apertura de un canal. En 1529, Alvaro de Saavedra Cerón sugirió su construcción en Tehuantepec, Nicaragua, Panamá o Darien. Cinco años después, Carlos I hizo proceder a realizar trabajos preparatorios en el Istmo de Panamá, entró el Río Chagres y el Pacífico; pero el Gobernador de Panamá estimó la obra como imposible, y en 1556 Felipe II ordenaba realizar análogos trabajos en Nicaragua, con idénticas conclusiones. Pero si la ruta marítima no era entonces posible, sí podía abrirse una ruta terrestre, y a nosotros nos cabe la gloria de haber sido los primeros en construir una carretera internacional oceánica que de Panamá conducía a Nombre de Dios, primero, y a Porto Bello, después. Hasta 1855 no se construyó otra; pero la obra española es tan formidablemente sólida que ha vencido la acción de los siglos y perdura hoy día, siempre frecuentada por los indios, especialmente en la sección Panamá-Cruces.

La visión que tiene Siegfried del problema americano es exacta: "Las dos Américas—dice—, que se oponen por el ángulo de la cultura, se aproximan por el ángulo de la geografía." En efecto, la más ligera contemplación de un mapa permite trazar un claro paralelo: a los Andes corresponden las Rocosas; a la Pampa, las praderas... y este paralelo podemos extenderlo a la vida económica, social y política; pero si la tierra les une, la historia les separa... ¿Qué es lo que triunfará?... La pregunta es interesante: si triunfa la historia, la América latina se sentirá más y más unida a Europa y especialmente a España, y el eje de las comunicaciones permanecerá horizontal; si el triunfo es de la geografía, el eje será vertical y el espíritu panamericano dominará con intensidad creciente... La lucha está entablada hoy con más intensidad que nunca, y el terreno concienzudamente preparado por la que se ha llamado diplomacia del dólar. Su acción se ha dejado sentir en todos los aspectos, y ha intervenido especialmente en la apertura del canal. Siegfried lo dice claramente: "Por mayor que sea su valor económico, no son razones comerciales las que han incitado a los EE. UU. a construir el canal: la preocupación dominante del Gobierno americano, hoy como ayer, es especialmente política." Y el objetivo en parte ha sido alcanzado, pues las consecuencias de las facilidades dadas al tránsito han sido inmensas y, por de pronto, América Central y del Sur se han acercado tanto a los EE. UU., que su atracción tiende a convertirse en irresistible. Para conseguir tal finalidad, Norteamérica no ha reparado en medios (cap. XXII, XXIII, XXV y XXVIII): se aspiraba a un canal americano, construido y dirigido por americanos y sobre territorio americano, y Panamá es la primera realización de esa aspiración. ¿Qué importa que para ello haya sido necesario el desencadenamiento de una revolución y la imposición de un tratado leonino?..."